

# EL PORVENIR DEL OBRERO

## Las Negaciones del Estado

(CONTINUACIÓN)

La razón es obvia. El Estado es un organismo eminentemente conservador; su tendencia natural, lógica, es consolidarse por la fuerza, ya que la razón jamás le abona frente á sus contradictores, ni, aunque le abonara, emplearía un elemento puramente moral y humano como principio de gobierno; y con este proceder, naturalmente regresivo, como fenómeno de su propia existencia, ganan en atribuciones las instituciones de fuerza que constituyen su apoyo, por ser su brazo agresivo. Así es como durante largos períodos históricos, hasta bajo nuestro régimen representativo, vuelve á su primitiva naturaleza despótica constriñendo toda evolución progresiva á su estrecho radio.

La verdad es que, durante largos períodos de incubación revolucionaria, la intranquilidad y la represión han producido crueldades, zozobras y dolores en el individuo y bárbaras compresiones tiránicas en las multitudes; que en todas las sanciones legales no se persiguió otro objeto que la defensa de la institución absorbente y deprimente, sin entrar para nada en ellas principios de humanidad y de progreso, y que al final, en resumen, toda la obra legislativa, todas las reglas del derecho, todas las disposiciones con carácter omnisciente, fueron casi completamente negativas, según la objetividad de los revolucionarios.

Desde nuestro punto de vista, quizás no exento de error, podríamos citar miles de hechos históricos para demostrar hasta la saciedad que poseemos sobradas razones corroboradoras de nuestra tesis. Pero no queremos herir nuestra modestia nosotros mismos, aduciendo razones ajenas que nos harían incurrir en el pecado de erudición, que es un antipático pecado. Además, ya en los capítulos anteriores hemos quebrantado nuestra modestia, y aquellas citas pueden aplicarse á estos razonamientos. Por otra parte, más adelante tendremos tal vez que señalar á la observación de nuestros lectores algunos de los fenómenos diarios de la vida del Estado.

### II

Difícil sería hallar una empresa pública ó privada libre completamente de las evicciones del Estado, pues si existe alguna será ilegal y objeto de persecuciones rigurosas. En todo caso, el derecho á inmiscuirse, á fiscalizar y proveer, será siempre una reserva peculiar. Directamente ó no, todo organismo social, aunque su origen y objeto sea suplir deficiencias del Estado, habrá de constituirse según preceptúe una ley promulga-

da *a priori*, en la que se previene anticipadamente el modo y condiciones de asociarse, determinando circunstancias y límites. Y esto no es solamente en la esfera de las pequeñas agrupaciones de afines con propósitos de recreo, socorro, enseñanza ó círculos reducidos de comprofesionales; no es tampoco imposición que se limita á las agrupaciones políticas, á las comunidades gremiales, á las sociedades obreras de resistencia, sino que va hasta más lejos, llega hasta la ciudad, hasta la provincia.

Todo cae bajo su dominio. La familia no se puede constituir sin someterse el hombre y su compañera á fórmulas extrañas, de las que no son correlativas las funciones sexuales, ni las ulteriores cuestiones domésticas. El individuo gozaría del título de «Nadie», como los perjuros de las comunidades anseáticas, si no se inscribiera enseguida de nacer en los registros oficiales, establecidos, no con fines científicos y de estadística, ó para el socorro de ciudadanía como en la *gilda* y el municipio medioeval, sino más bien para poderle imponer ulteriores tributos, onerosas gabelas y rudos deberes, sin otra reciprocidad por parte del Estado, si es un desposeído de todo patrimonio, que la imposición tácita á toda obediencia: al amo, al jefe, á la autoridad, á la ley, etc., etc.

Pero si las crueles ironías tienen algún valor para consolar al caído, gocemos tristemente de tan vano lenitivo. Los panegiristas del Estado afirman que su tiranía es tutelar; que su despotismo son garantías ofrecidas al débil: que sus trabas y obstáculos son deficiencias aparentes, ocultando en la realidad objetiva la marcha normal y armónica de la sociedad que, por desgracia, «necesita aun de esos poderes disciplinarios para su desenvolvimiento progresivo.»

Declaremos por nuestra parte que la ocultación no es aparente, ó que nuestro ingenio vulgar no distingue la imagen detrás de la mancha, quizá por la misma razón de que bajo la salmodia lúgubre del fraile antiguo no podemos ver en los viejos papiros la raspada belleza de los versos de Horacio y Virgilio. Y es que en las elucubraciones de nuestros eminentes abogados debe haber exageraciones evidentes, porque de otro modo no tendrían explicación los hechos consumados que tan mal parada dejan la paternidad tutelar de nuestros gobernantes.

«El Estado tutelar»; «el Estado previsor», serán tal vez frases con méritos sobrados para arrancar aplausos á ciertas gentes, cuya cultura y buen sentido no ponemos en duda, si bien declaramos que tendríamos mucho que decir sobre ello. Por lo demás, aparte tan nimio mérito, no podemos reconocerle otro; nos lo veda nuestro particular espíritu de observación y el estado latente de nues-

tra conciencia, en pugna contra todo lo existente.

Claro está que las gentes acostumbradas á declinar todo trabajo de investigación particular sobre los demás hombres no comprenderán, por mucho tiempo aún, la posibilidad de una sociedad humana sin otros principios que la universalidad de los intereses y los afectos, ni otra base jurídica que el previo acuerdo entre los hombres y las comunidades productoras; y claro está también que los acomodados, los que ni siquiera se toman la molestia de defender sus intereses, confiándolos á los derechos y convencionalismos legalizados, á la arbitrariedad legislada, ó á la fuerza, en último término, no comprenderán tampoco el desenvolvimiento normal y humano de una sociedad fuera de la vigilancia del Estado. Pero todo eso que consignamos como cosa natural y lógica no prueba nada en contra del objeto final de la sociología, y en cambio constituye para nosotros un argumento de solidez incomparable, pues nos permite afirmar que todas esas gentes, vulgo ó sabios, que ven cerrado el porvenir á las reivindicaciones populares, constituyen el sedimento negativo de la obra de educación y cultura que los hombres confieren al Estado, no sabiendo que fuera de ese modo de agrupación humana existen más amplios horizontes para el porvenir.

Así se explica la resistencia que hasta los cerebros cultos oponen á toda innovación, y ello es una de las razones que nos mueven á sostener la tesis de que el Estado constituye en la historia del desenvolvimiento humano un freno negativo. Y por esa misma verdad se llega inductivamente á otra explicación que le es correlativa.

Hasta el presente, siempre que de un régimen que no cumplía los designios de la evolución humana se ha cambiado el nombre, ó añadido algún engranaje con nueva denominación, se ha creído sinceramente que la «última revolución» había resuelto el problema de la equidad y la justicia. Sin embargo, pasado el primer momento, cuando la tranquilidad que el emergente dique produce en toda corriente contenida hizo que se precipitaran en el fondo las turbulencias flotantes del entusiasmo, observóse por los hombres de entendimiento crítico que nada había cambiado de un modo radical y que, bajo apariencias seductoras, el producto de miserias é injusticias había sufrido la modificación de un mayor y más complejo multiplicador.

ANTONIO L. RODRIGO

(Continuará.)

La Anarquía, por Elíseo Reclus; 15 céntimos.



## La ciudad del buen acuerdo

¿Cómo unir á los que no desean más que amarse? ¿Cómo juntar las simpatías en la felicidad del recíproco afecto? Parece, á primera vista, de solución imposible el problema en este mundo convencional donde reinan las simples fórmulas, donde todo se mide por una educación hipócrita, donde todo miente: la mirada, el gesto, la sonrisa. Pero no; la obra puede ser realizada, gracias á esos hombres generosos que juntan en una misma empresa amigos conocidos y amigos desconocidos. Si la amistad engendra la comunidad de esfuerzos exteriores, del mismo modo, por una reacción natural, el trabajo común, emprendido apasionadamente, suscita la amistad entre los compañeros de faena. Las tentativas de los seres generosos que excitan todas las iniciativas, todas las energías para trabajar por el bien público, son, pues, doblemente buenas, tanto por el objeto directo realizado, cuanto por la agrupación de amigos que de otro modo no se hubieran unido jamás: una conciencia colectiva les anima; viven la misma vida asociándola libremente en el empleo de sus individualidades diversas.

Muchas de esas obras colectivas, triunfo de los hombres de corazón sobre el egoísmo primitivo, nacen bajo múltiples formas; la solidaridad humana hace surgir por todas partes asociaciones en las que tienen libre desenvolvimiento las iniciativas, donde los amigos que se desconocían tienen la alegría de descubrirse mutuamente. ¿Cuál de esas empresas tendrá más importancia histórica en la evolución de la humanidad? Todas son buenas, puesto que su impulso moral es perfecto; pero la mejor es, indudablemente, la que abraza mayor número de intereses humanos y les dá más amplia satisfacción: tal es la «Ciudad del buen acuerdo».

Mi mente la contempla; tiene sobre la «Ciudad de Dios», la «Ciudad del Sol» y tantas otras ciudades soñadas, la ventaja capital de no ser pura concepción del espíritu, sino que se desarrolla de una manera orgánica, que vive vida concreta, utilizando, para renovarlas, las células envejecidas de organismos anteriores en disolución. La veo con sus torres y sus atalayas, extendiendo graciosamente sus jardines sobre la gran colina donde vivieron los héroes mitológicos; abajo, en la llanura, se agrupan las moradas de las generaciones que pasan, preparando con su trabajo y ganando con sus sufrimientos la promesa de un porvenir mejor. En lontananza se prolongan las alturas herbosas pobladas de floridos arbustos; rocas lejanas, al límite del horizonte, surgen del mar, y parece oírse el rumor de las olas que, en el infinito de los tiempos pasados, mecieron á nuestros ascendientes.

La «Ciudad del buen acuerdo» domina ese inmenso espacio, todo ese mundo de poesía, todo ese mundo histórico, y mentalmente la veo resumiendo el sentido íntimo de ese pasado, abriéndose como una flor maravillosa cuya savia destilase millares de generaciones humanas. El poeta nos habla de la «Ciudad Doliente» ante cuyo umbral el desgraciado pierde toda esperanza. Aquí entramos con placer, poseídos de noble alegría, con la firme resolución de cumplir grandes cosas. Aquí todos tendrán pan, ese pan que se conquista fuera tan difícilmente y á veces con humillaciones dolorosísimas; todos tendrán la salud que dan el aire puro y el agua abundante, traída á raudales de cristalinas fuentes, y disfrutarán de un alimento sencillo regulado por el trabajo. Es esa ciudad todo un microcosmos, resumen y al mismo tiempo esperanza del género humano, que funcionará sin esfuerzo, ocupándose en las múltiples tareas necesarias á la vida, tareas siempre agradables, puesto que serán elegidas libremente. Los artistas decorarán con frescos y esculturas los palacios familiares; la instrucción será mútua en los laboratorios, los museos y los jardines; las doncellas nos cantarán coros de sublimes melo-

días; los niños rodearán en sus alegres corros á los dichosos ancianos; ninguna ley, ninguna coerción turbará en lo más mínimo el gran acuerdo.

¡Salud y alegría á todos los amigos desconocidos que he encontrado en la ciudad nueva! ¡Salud y alegría á todos los que han de sucederse en ella por los siglos de los siglos!

ELÍSEO RECLUS

## El tolstoísmo y la revolución

Tolstoi ha hablado de nuevo. Ha dicho, entre otras cosas, á un redactor del *Matin*: «Yo no estoy ni con la autocracia ni con la revolución, porque son dos partidos de violencia y me repugnan tanto el uno como el otro. Es tan odioso, tan abominable, ver soldados que disparan sobre gentes desarmadas, como un hombre que arroja una bomba debajo de un coche...»

En un artículo publicado aquí mismo, hace quince días, A. Catonné nos recordaba muy oportunamente que esta opinión, ya conocida, de Tolstoi sobre el hermoso movimiento revolucionario que sacude actualmente á la Rusia entera está conforme con el conjunto de sus ideas y de acuerdo con el espíritu de toda su doctrina.

Nada más exacto. León Tolstoi no ha traicionado á la Revolución, puesto que nunca ha pertenecido á ella. No debemos, pues, acusarle de traición. Lo que debemos hacer es demostrar todo lo que hay de falso, todo lo que hay de funesto y de absurdo en la doctrina que hoy lleva á Tolstoi á condenar como una cosa inútil, casi como un crimen, el esfuerzo sublime de sus compatriotas hacia la libertad y el bienestar.

Sí, el momento ha llegado de decir esto, de decirlo tanto más alto y más claro cuanto es mayor la influencia que Tolstoi ha ejercido por el poder de su arte y por la rectitud de su conducta. No añado por la profundidad de su pensamiento, como se hace de ordinario, porque Tolstoi es culpable, precisamente—si esto es una falta—de no haber sabido pensar. Y es una falta, en este caso. Toda verdad reposa sobre la paciencia, sobre la sinceridad de nuestra investigación. Pues Tolstoi ha hablado con frecuencia, como si las hubiese profundizado, de cosas que no conocía. (1) En esto, al menos, le ha faltado sinceridad, ha engañado á los que le escuchaban.

\* \* \*

¿Cuál es, pues, esta doctrina que impide actualmente á Tolstoi aclamar con todos los hombres de corazón la revolución en Rusia?

Quizá no se haya visto bastante. Pero es ante todo, apesar de las apariencias, un individualismo. Y es uno de los peores individualismos.

Tolstoi propone al hombre la posición del águila sobre su roca. No ve que los hombres forman entre ellos sociedades de hormigas y abejas trabajadoras. En vez de dejar al individuo consciente entre la multitud para que la remueva como la levadura remueve la masa, él le ordena que realice su obra aparte, á un lado de la multitud.

Tolstoi dice en cada página: «Escucha en tí mismo la voz de tu conciencia. Esto basta. Discierne lo que es bueno y hazlo. Esto basta.» Esto bastaría quizá si los hombres, en la sociedad, se uniesen los unos á los otros como las cifras de una suma. Un total de unidades buenas formaría una sociedad buena. Pero un niño sabría ver que no ocurre así. Nada más embrollado que nuestras relaciones sociales. Cada unidad social depende de todas las demás, á cada instante, de cien maneras diferentes. Y no podemos destruir esta solidaridad sin destruir la sociedad misma. Dígame lo que se diga y há-

(1) En los pasajes en que discutí opiniones contrarias á la suya, Tolstoi se rodea de una apariencia de erudición que sólo puede hacer efecto en los ignorantes. Cita por centenares obras y autores, pero no entabla con ellos una discusión suficiente. Cita hechos pero no los comprueba. Véase, sobre todo, su libro «¿Qué es el arte?»

gase lo que se haga, hay, en cada época, un medio ambiente dado del que cada uno permanece, más ó menos, prisionero, un ambiente que arrastramos por todas partes como el forzado su cadena. Esta solidaridad, que es también una servidumbre, se hace sentir hasta en las profundidades más secretas de la vida moral. El hombre social no es más dueño de su moralidad que de su alimento y su vestido.

A menos que se recurra al expediente de las viejas religiones, de las viejas metafísicas en que la buena voluntad, la intención, bastaba. Pero actualmente ya no queremos más esa moral de escamoteo y de vileza. Se comienza á ver,—por fin!—que sólo es moral la moral que se determina en actos, que conduce á realidades útiles y buenas, á una ventaja, á un beneficio cierto.

¿Cómo se han de realizar estos actos, si una sociedad de injusticia y de explotación nos lo prohíbe, si el ambiente es más fuerte que la voluntad? ¿Los mejores de entre los hombres pueden, actualmente, dar un sólo paso en una ciudad sin engendrar ó sancionar la miseria y la injusticia, hacer un sólo gesto sin que se prolongue en una larga repercusión de sufrimiento? Se dice muy fácilmente: «Resiste á la injusticia, no pactes con el mal». Pero ¿cómo obedecer, cuando el mal es el pan que comemos, el vestido que llevamos, cuando es la vida entera que estamos obligados á vivir?

¿Iremos, como quisiera Tolstoi, á fundar sobre otras bases, y lo más lejos posible, nuevas agrupaciones sociales? Pero ¿qué será entonces de la multitud si los mejores la abandonan? ¿Creéis que el mal viento del gran ambiente de corrupción no sabrá encontrar un día vuestro oasis?

No se escapa, ni por la fuga ni por el artificio, á esta gran ley de toda transformación social, consecuencia inmediata, necesaria, de la sociabilidad misma. En la vida de los que viven por grupos solidarios, por conjuntos organizados, nada será cambiado un poco profundamente si no alcanza al conjunto mismo, es decir, á las instituciones. Sólo hay un medio de escapar de un modo seguro á la sociedad mala, y es cambiarla en una sociedad mejor. Para que podamos llegar á ser buenos, no en un punto ó dos como los héroes de Tolstoi, en tal ó cual circunstancia determinada, sino siempre y en todas partes, en esa suma de pequeñas acciones inconscientes y rutinarias que son la trama de la vida, es necesario que muchos otros se hagan buenos á nuestro alrededor.

Sin duda, de la energía, de la fuerza moral de algunos, procede, en un momento dado, el movimiento de transformación. En este sentido tiene razón Tolstoi de predicar la regeneración individual. Es porque unos pocos escogidos, más fuertes que el medio, han sabido romperle, que este medio va á desaparecer. Es porque ya en una sociedad hay hombres nuevos, que esa sociedad se renovará un día toda entera.

Estos son la clavija maestra de todo mejoramiento y, como se dice, la sal de la tierra. Pero ante esta fuerza moral individual, ante esta capacidad de reacción, tan preciosa y tan rara, no tarda en presentarse el problema del mejor empleo. Pues bien, es imposible resolver este problema de otro modo que como siempre lo ha sido; es imposible desconocer que el punto donde estas preciosas energías harán palanca con mayor utilidad se halla en la acción revolucionaria.

Los mejores, los más intrépidos de todos los tiempos, han sido efectivamente los revolucionarios. Ellos han comprendido siempre que no basta transformarse á sí mismos, regenerarse en la medida que nos permite el ambiente, sino que es preciso también trabajar directamente para transformar el conjunto social de que se forma parte.

\* \* \*

Si Tolstoi no lo ha comprendido es porque jamás ha sabido reconocer las grandes leyes, tan claras, sin embargo, tan eviden-



tes, de la evolución de las sociedades. Y si no ha reconocido estas leyes es porque siempre ha menospreciado la observación metódica de la realidad. Nunca ha consentido en bajarse hacia esa modesta investigación de la verdad que el común de los mortales llama la ciencia. En este sentido, conviene repetir, Tolstoi ha permanecido, á despecho de la blusa de mujik, un aristócrata, el aristócrata altivo y despreciador. Ha tratado siempre los hechos y las ideas como los de su casta trataban á los siervos, á puñetazos y latigazos.

Sí, en la personalidad tan elevada, tan poderosa de Tolstoi, bajo otros puntos de vista, hay cierta desarmonía extraña y triste. El que ha glorificado á los humildes y los sencillos y nos los ha presentado como ejemplos, el que, para aproximárseles más, ha querido vivir su vida y vestirse como ellos, no ha recogido en sí mismo, quiero decir en el fondo de sí mismo, un poco de verdadera humildad, un poco de verdadera sencillez. Sin esto, habría seguramente reconocido, algún día, que el hombre no lleva en sí mismo, como en espera, un secreto misterioso de toda sabiduría y de todo poder. Habría seguramente reconocido que el hombre, criatura de miseria y debilidad, no difiere esencialmente de todos los demás seres que están sobre la superficie de la tierra, que las leyes que rigen la evolución de todos los seres le son aplicadas como á los otros y que la verdadera prudencia consiste en sabernos someter á ellas.

Episodio y medio de la evolución, la revolución es una de sus implacables necesidades. Necesidad más fuerte que los hombres, por grandes que sean, y más fuerte que los partidos. La revolución no es Pedro el republicano, Pablo el socialista, ó Jaime el anarquista; es la sociedad, es la humanidad que quiere vivir y, para poder continuar viviendo, debe transformarse. Tolstoi, lo mismo que cualquier otro, nada puede contra ella. En ella se concentran, por ella se utilizan todas las fuerzas de bondad, de verdad y de justicia, comprendiendo las que no le están destinadas. Gracias á ella, finalmente, dará sus frutos todo lo que Tolstoi mismo ha hecho para el bien de los hombres.

CHARLES ALBERT

(De *Les Temps Nouveaux*.)

## A los trabajadores de la región española y del mundo entero

Compañeros: Desde la cárcel celular de Barcelona, modelo del refinamiento inquisitorial moderno, donde se tortura el cerebro del hombre condenado al más abominable aislamiento y á un silencio sepulcral, escarnio del siglo xx y de la civilización humana, os envían un fraternal saludo los presos abajo firmados

Todos habréis leído en la prensa burguesa y conoceréis desde su origen la organización del mitin del Palacio de Bellas Artes y, el atropello infame de que á su terminación fueron víctimas los obreros á la salida del local. Siempre se repiten los mismos hechos cuando proceden de las mismas causas: detenciones á granel, instrucción de un proceso, descubrimiento de un complot, invenciones tremebundas en las esferas oficiales, y la prensa, salvo raras excepciones, patrocinando el *canard*. Estos son los resultados inmediatos cuando los trabajadores, en un arranque viril de protesta y exteriorizando el malestar que produce tanta explotación y tiranía y la crisis producida por el abandono del capitalismo y la inercia de los gobiernos muertos que no se preocupan más que de aumentar los tercios de la *benemérita* y los cuerpos de policía, efecto de la intranquilidad de conciencia de los gobernantes, producen la queja pronunciada por un pueblo hambriento de pan y de justicia, y como

medio reparador se manda á esos cuerpos que la apaguen con palos y plomo.

Por la fuerza se nos quiere someter al silencio y á la esclavitud más denigrante: los trabajadores conscientes y los hombres de sentimientos altruistas no pueden, no deben callarse ante tanta injusticia. Sea continua nuestra protesta, viril, enérgica, y hagámosla sentir por todas partes: demostremos con hechos irrefutables á las corporaciones administrativas su impotencia para hacer nada práctico para la clase productora, porque les aplasta un régimen viejo y caduco, y de ninguna manera se puede armonizar con las aspiraciones modernas de amor y de justicia.

Compañeros: Por un atropello de la justicia histórica nos encontramos en la cárcel buen número de obreros: unos, como siempre, por constar en las listas de la policía como sospechosos; otros, por acercarse al Gobierno civil preguntando por los detenidos; y los hay que después de haber sido puestos en libertad por el juzgado de guardia, á los tres días les han vuelto á detener. Esto demuestra el aturdimiento en los actores de una comedia ridícula.

Nuestro espíritu está con vosotros. Si en este país, que alguien ha dicho que lo van convirtiendo en un corral de gallinas, no encuentra eco nuestra protesta, acudamos á la solidaridad internacional, que es la que salvará al esclavo moderno de tanta infamia cometida contra él.

Salud y rebeldía os desean vuestros compañeros presos.

Tomás Herreros.—Mariano Castellote.—Enrique Pujol.—Fidel Santasuzana.—Francisco Andreu.—José Arbós.—Francisco Prats.—Juan Basons.—Manuel Navarro.—Domingo Teixé.—Mateo Verdiell.

## Cuatro palabras de actualidad

Quiebra?... Decadencia?... No.—Pesimismo, sí; este es el que en nuestros días merma el entusiasmo en el campo anarquista. Rara es la vez que no le vea en las cartas que recibo y en las conversaciones que oigo de los compañeros.

Cuando los que hablan ó escriben son de los antiguos, se lamentan de la mala labor que se hace actualmente, inclinándose á recordar épocas pasadas y exclamando: «Era antes cuando se realizaba buena labor; años atrás eran comprendidas las ideas y las discusiones adquirían relieve interesante. Ahora todo es chismografía, vanidad y mucha *mieditis*. Los jóvenes de hoy nacen con polilla». Y acaban por afirmar que el anarquismo sufre una crisis ó que está en decadencia.

Oigamos ahora el discurrir de los jóvenes, que se expresan, poco más ó menos, en estos términos: «Fulano siempre escribe lo mismo; es muy rutinario, muy viejo... Mengano está ya gastado... Zutano pertenece al siglo pasado; no puede realizar nada bueno... Debieran retirarse todos esos... Somos nosotros los llamados á escribir, á propagar; tinta fresca, ideas nuevas hacen falta».

Opino que unos y otros se mueven dentro de un círculo vicioso, que se alejan de lo realmente verdadero.

Por mi edad pertenezco al grupo de los llamados viejos, y recuerdo que cuando yo era joven, cuando el anarquismo fué extendiendo sus primeros rayos de luz por España, el paso de los nuevos heraldos se vió estorbado muchas veces, como ahora, por la calumnia, la bajeza, la cobardía y la chismografía que enloda cuanto toca. Alguno de los que viven y muchos que ya no existen, hubieron de sufrir el martirio de la infamia urdida por el gusano de la envidia y del prejuicio tradicional. No eran aquellos días de fiesta, sino de combate, y los amargaba frecuentemente la inconsciencia del compañero más que la maldad del enemigo.

Es la triste historia de todas las genera-

ciones que han vivido alejadas de la felicidad por negarse al uso de la razón, única arma para la conquista del bien. Y así vivimos todavía. Imperfecciones heredadas.

Mas, siguiendo en mi tema, he de decir que los varoniles entusiasmos, la vívida exaltación de las ideas, su interpretación, su propaganda, no aumentan ó declinan según la edad de las personas. Ancianos son Kropotkine, Reclus y otros, y, sin embargo, sus obras son el reflejo de sentidos entusiasmos, en tanto que tropezamos con seres de pocos años gastados ya, escépticos, desengañados, es decir, viejos totalmente.

Respecto á las diferencias por inaceptación de conducta entre jóvenes y viejos, opino que esto obedece á que antes se agitaban muchos por la fé que les inspiraban las simpatías y prestigios de otros hombres, mientras que hoy se fía menos en éstos y más en el ideal.

Aunque algunos hechos aislados y desprovistos de toda importancia parezcan contradecirlo, yo creo que hoy vivimos más identificados con el ideal y que son del todo infundadas las diferencias que persisten inútilmente en dividir la acción común. Digo inútilmente, porque el progreso de las ideas y el surco que se agranda para darles paso no dependen de la labor de uno ó varios individuos ó grupos, ni del movimiento limitado de un pueblo ó región, sino que todos vamos cooperando en la magna obra, favorecidos también por las demasías de los adversarios, porque la brutalidad de los tiranos acelera el día de la revolución. Los acontecimientos de carácter universal representan la suma de las diversas voluntades, la acción de todos.

La hermosa actitud del pueblo ruso no obedece por ventura á la labor realizada, á la semilla esparcida por todos los revolucionarios, entre ellos, quizá principalmente, los anarquistas? Acaso las obras de los grandes pensadores no son traducidas á todos los idiomas y propagadas por los anarquistas de todos los pueblos? Las persecuciones de que son objeto los hombres revolucionarios en todas las naciones no ayudan á la gran obra general? Qué puede cada uno de nosotros ante la grandiosidad del porvenir que se prepara? Y sin embargo, todos contribuimos á prepararlo.

En el desenvolvimiento de las ideas descubriremos las mismas fases que en el período de gestación orgánica. Durante el período embrionario el cuerpo pasa por una serie de transformaciones y aspectos, no llegando á la forma definitiva hasta que adquiere el pleno funcionamiento de la vida. En el orden social podemos decir que la transformación de este valle de lágrimas en paraíso de amor y ventura exige modificaciones sucesivas, variados aspectos que á veces nos causan perturbación. Pero cuando nos encontramos próximos al pleno funcionamiento de la vida social, entonces la forma definitiva, la anarquía, se desprenderá de la envoltura en que ha ido germinando y aparecerá más hermosa y espléndida de lo que hemos podido soñar.

Considerándolo así ¿cómo han de hacer mella en mi ánimo las dificultades del camino? ¿Cómo he de dejar que se apodere de mí el epidémico pesimismo?

TERESA CLARAMUNT

## De Cullera (Valencia)

Compañeros de EL PORVENIR DEL OBRERO.

En vista de los hechos, de lo que vemos aquí y se repite en muchas partes, se me ocurre esta pregunta: ¿Convendría expurgar ó disolver las sociedades obreras, para volverlas á organizar sobre bases más sólidas? La misma cuestión han presentado algunos luchadores en las columnas de los periódicos obreros, y siempre ha quedado sin resolver, sea porque falte la determinación para destruir lo edificado, sea porque no se



tenga seguridad de que así resultasen curados los actuales defectos.

Lo que sí creo conveniente es no ocultar esos defectos donde quiera que existan, sino publicarlos para que sirvan de ejemplo, como se señalan los escollos en las cartas de navegación, á fin de evitar nuevas catástrofes.

Aquí tenemos una «Unión Agrícola Obrera» que ha venido perdiendo el tiempo con veladas teatrales, que sólo han servido para que se *lucieran* unos cuantos, sin ningún provecho moral ni material.

Ni siquiera se han cuidado de representar obras que tengan carácter social ó instructivo; al contrario, se ha puesto empeño en evitarlas, como ha sucedido con las producciones del compañero Martínez, representadas en los pueblos cercanos, pero que aquí se han considerado pecaminosas por su carácter social.

En cambio, se ha permitido que un abogado nos viniese á hacer propaganda canalejista, resultando un mitin electoral, que disgustó á muchos. ¿Es para ésto que se constituyen las asociaciones de obreros? En tal caso valdría más disolverlas desde luego.

Y lo que aquí pasa, supongo que pasará en muchas partes. ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo para hacer una campaña á fin de dar á las sociedades obreras actividad y espíritu práctico en favor de los mismos obreros, de sus intereses económicos y de su dignidad, ya que estos son los fines verdaderos que tales sociedades deben proponerse?

Es cosa de pensarlo y hacerlo.

UN OBRERO ASOCIADO

## De Casares (Málaga)

Compañeros:

Bárbaro, cruel y tirano es el estado porque atravesamos; pero más cruel, bárbaro y denigrante es el Estado burocrático autoritario y sus agentes que, amparados en una ley escrita, usan de ella para coartar la libertad que la misma ley concede.

Aquí pensábamos fundar una Asociación de obreros y queríamos publicar una hoja convocatoria, pero las autoridades no lo han permitido á pesar de nuestro derecho legal. En realidad, no quieren que tengamos derecho sino es á morirnos de hambre. ¿Hemos de consentirlo?

Por lo tanto, ya que nos privan los derechos legales, yo creo que el mejor medio es: No constituir Sociedades que se rijan por leyes, sino crear grupos de afinidad, en que no lleguen á veinte los afiliados en cada grupo, y mantener una constante relación entre los grupos del interior y exterior de cada población.

Así no dependeríamos del capricho burocrático autoritario y podríamos realizar nuestra obra con independencia y seguridad.

Cuando pisotean la ley los encargados de que se cumpla, nosotros podemos prescindir de ella y de ellos. Somos los más en número, y si queremos seremos también los más fuertes.

Salud y R. S.

G. HERRERO

## De Fernán Núñez (Córdoba)

Compañeros: En esta población hemos querido aprovechar el carnaval algo mejor que entregándonos á la orgía y al libertinaje.

Lo que hicimos fué organizar una comparsa para recaudar fondos y distribuirlos en tres partes en esta forma: 1.ª para los presos por cuestiones sociales; 2.ª para los enfermos de la localidad; 3.ª para los ancianos, huérfanos é inútiles también de la localidad.

Aunque el Alcalde y guardia civil nos pusieron dificultades, prohibiéndonos cantar muchas coplas que habíamos compuesto, sin embargo nuestra idea tuvo un buen éxito, mereciendo las simpatías de todo el pueblo, siendo una verdadera manifestación.

En total recogimos 312 pesetas, de modo que descontando los gastos hemos enviado á *Tierra y Libertad* 80 pesetas para los presos.

Si en todas partes los obreros, en vez de divertir á los señores y embrutecerse, aprovecharan las ocasiones todas para hacer propaganda y pensar en sus hermanos más infortunados, otro sería el estado de los trabajadores dentro de muy pocos años.

EL CORRESPONSAL

## Postal

Si los obreros, que son los más, no fuesen los menos por su desunión y apatía, el bienestar por el que tanto suspira la humanidad doliente, ya sería un hermoso hecho.

R. DE CASTILLA MORENO

## Rusia

La revolución continúa, á través de mil incidentes de que nos informa la prensa diaria y que nos es imposible reproducir.

No ha logrado el Czar engañar al pueblo con vanas promesas de reformas que luego no tendrían cumplimiento, ni podrá tampoco conservar por la fuerza el tradicional poderío de que tan cruelmente abusó.

Por otra parte, el gobierno del Czar no quiere ó no puede hacer la paz con los japoneses, y esto le obligará á realizar nuevos sacrificios de hombres y de dinero, con lo cual se agravarán las causas del disgusto del pueblo ruso.

La opinión popular en Europa se agita cada vez más, á pesar de la oposición de los gobiernos que, como el de la republicana Francia, han amenazado con la expulsión de todos los emigrados rusos. A estas amenazas debe contestarse preparando la huelga general revolucionaria en toda la nación cuyo gobierno intentase auxiliar á los verdugos de Rusia.

## Extensión Universitaria

El señor Pérez de Acevedo continuó sus lecciones sobre *las leyes de la Historia* recordando lo ya explicado sobre *la herencia*, haciendo notar que así como se transmiten las buenas cualidades, también pueden heredarse las malas que conducen á la degeneración de las razas y familias, como lo demuestran muchos casos de unión sexual entre consanguíneos que han producido resultados lamentables. Ejemplo muy visible son las familias reales. Las aristocracias de la sangre, para no perecer, han tenido que amplificarse. El ideal no es conservar las razas puras, puesto que estas son las más atrasadas.

Los caracteres de una raza persisten cuando se desenvuelve en un medio favorable; de lo contrario, cambian, adaptándose á las condiciones del país. Lo mismo sucede con los caracteres morales, que corresponden á las condiciones de vida y á la organización familiar y social.

Esto demuestra que la *herencia* no es el solo factor determinante de las condiciones de los individuos y los pueblos. Existe también la *variabilidad*.

La *variabilidad* es la ley que, como complemento de todas, determina el progreso del hombre sobre la tierra.

Las especies tienden á perfeccionarse en

la lucha por la existencia y la selección natural. Estas teorías expuestas por Darwin han triunfado positivamente en el terreno de la ciencia; pero algunos han abusado de ellas en sociología, deduciendo consecuencias crueles é injustas, como por ejemplo la conveniencia de hacer perecer á los débiles. El señor Acevedo cree que uno de los medios eficaces para evitar los efectos de la lucha por la existencia es la emigración, puesto que el hombre es cosmopolita y la tierra puede producir para todos.

La ley del progreso estriba, como afirmó elocuentemente el conferenciante, en *no contentarse*. Los individuos y los pueblos, si no quieren perecer, deben ostentar en su frente el lema de *eterna rebeldía*. Para progresar hemos de ser *revolucionarios* en el elevado sentido de la palabra. Los hombres y las razas que se contentan, son, como los chinos, un pueblo muerto.

## Biblioteca de

### «El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo, 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo, 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**, por Elíseo Reclus; 15 céntimos.

## FOLLETOS DE PROPAGANDA

que se hallan en venta en esta Administración

	Ptas.
¿Por qué somos anarquistas? por S. F. Merlino . . . . .	0'10
Nuestras ignorancias, por José Prat . . . . .	0'10
A los trabajadores . . . . .	0'05
La preparación del Porvenir, por Juan Grave . . . . .	0'10
Trabajador, no votes. Soldado, no mates, por A. Girault. . . . .	0,01
Canciones libertarias . . . . .	0'15
Patriotismo y Cosmopolitismo, por P. H. Jámin . . . . .	0'15
La peste religiosa, por J. Most . . . . .	0'05
La Anarquía ante los Tribunales, por Pedro Gori . . . . .	0'15
Víctimas y preocupaciones, por Pascual Peura . . . . .	0'15
Un día de elecciones, por M. Martínez. . . . .	0'15

## CORRESPONDENCIA

Casares.—L. G. Hacemos reducción.  
 Fernán-Núñez.—A. L. Enviamos folletos.  
 La Línea.—E. T. Escribimos.  
 Habana.—J. G. Enviamos 100 ejemplares. Escribimos.  
 Coruña.—E. T. No hemos recibido *Aclaraciones*.  
 Pollensa.—J. T. Servimos suscripción.  
 Linares.—L. M. Hecho cambio de dirección.  
 San Luis.—M. P. Tienes pagado hasta el número 191.

## El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.  
 Paquete de 25 ejemp. 75 cént.  
 Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 59. Mahón (Baleares).

Imprenta de EL PORVENIR DEL OBRERO.